

AGUSTIN DE FOXA  
Conde de Foxá

MADRID,  
DE CORTE A CHECA

5.ª EDICION

EDITORIAL PRENSA ESPAÑOLA  
MADRID 1965

a los señoritos, sino que querían ser ellos los señoritos; en realidad no eran marxistas, sino envidiosos.

Marchaban al frente de la Sierra, como a una excursión, con milicianas fáciles. Muchos no pasaban de Villalba. Cuando habían tirado unos cuantos tiros contra los «faciosos», se volvían a Madrid a merendar en Acuarium.

Por la noche era más divertido. Al atardecer comenzaban los registros. Les gustaba mucho entrar en los pisos lujosos, humillar a los burgueses, hacer que les sirvieran copas y puros, y que les llorara la señora que iba en automóvil cuando ellos marchaban a pie. Siempre, además, se llevaban algún recuerdo, una pitillera de oro o un encendedor. Toda vía no habían empezado los saqueos en regla.

Aquello, sin embargo, no les bastaba. Necesitaban la sangre.

Afortunadamente, en aquellos registros casi siempre encontraban un muchachito pálido, de dieciocho a veinte años, hijo de los señores, cuya cédula ponía «estudiante».

En seguida decían que era un fascista y que había disparado por el balcón.

Sentían un placer sádico escuchando los gritos de la madre y de las hermanas. Le sacaban a empujones. A veces el padre se empeñaba en acompañar a su hijo.

—Venga usted también.

Y se miraban, sonriendo con sorna.

Los fusilaban a la madrugada, en las afueras, en la Casa de Campo, en los altos de Maudes, en los alrededores de la plaza de toros de Tetuán. Hacían chistes con la muerte.

—Ponte de perfil que te voy a retratar.

—Vamos a «marearos» un poquito.

No creían que se trataba de hombres con sangre y lágrimas y sistema nervioso. Jugaban con ellos como si fueran muñecos; se reían de las familias. Lloraba una esposa, y algún miliciano, más humano, intervenía. Cortaba seco el responsable:

—Déjala que lllore. Así sudará menos.

O les decían a los niños:

—¿Qué queréis que hagamos con papá? ¿Le damos una vuelta?

Rasgaban con las bayonetas los cuadros religiosos, tiraban al suelo los crucifijos de marfil o de nácar.

—¡Por Dios, eso no!, que lo tuvo mi hijo entre sus dedos después de muerto.

**J**OSE Félix, ayudado por la vieja criada y la mujer del portero, quemaba, en la estufa del cuarto de baño, los periódicos de Falange y unos retratos del Rey.

—Aquí tenía esto la señorita.

—No hay más remedio que quemarlo.

Era un retrato de Calvo Sotelo dedicado días antes de su muerte. Ya ardía entre las astillas una banderita española. La noche anterior habían enterrado en la cueva un viejo revólver.

Se despidió de los porteros.

—Bueno; yo me voy de aquí. Si preguntan por mí, que me he marchado a Valencia.

Salió a la calle. Encontró un Madrid desolado, diferente: con los mismos edificios y la misma gente, aquella era ya otra ciudad. Se daba cuenta, así, de la fuerza enorme de las ideas. A pesar de la geografía, aquello ya no era España. En la Gran Vía, en Alcalá, acampaba la horda; visión de Cuatro Caminos y de Vallecas, entre los hoteles suntuosos de la Castellana, bajo los rascacielos de la avenida de Penalver. Los «paqueos» habían cesado, pero los autos ocupados por milicianos recorrían incesantes las calles. Partían los camiones con banderas rojas para el frente de la Sierra al grito de «F. A. I.», «F. A. I.», «C. N. T.», amenazando con los puños cerrados, agitando los fusiles, en mangas de camisa, con correaje, mezclados con milicianas de anchas caderas, sarmentos y hombres con pantalón de pana.

Quedaban todavía residuos del mundo antiguo: los escaparates, las tiendas, los cafés abiertos. Los milicianos, con las pistolas ametralladoras al cinto, entraban en la Granja del Henar y pedían cañas y cócteles.

Llevaban una vida divertida. Por las mañanas tomaban el aperitivo en Chicote. Así se comprobaba que no odiaban

Dogmatizaban:

—Dios no existe. Eso ya se acabó.

Eran fuerzas telúricas o abismales, sueños prehistóricos que resucitaban. Y un odio químicamente puro.

Era el gran día de la revancha, de los débiles contra los fuertes, de los enfermos contra los sanos, de los brutos contra los listos. Porque odiaban toda superioridad. En las «chekas» triunfaban los jorobados, los bizcos, los raquíticos y las mujerzuelas sin amor, de pechos flácidos que jamás tuvieron la hermosura de un cuerpo joven entre los brazos.

—Hay que darlas a esas «señoritas del pan pringao».

Querían ver los bellos cuerpos humillados en la muerte, desnudos los hermosos senos sonrosados, a la altura de sus tacones torcidos. Algo satánico animaba a aquellos hombres. Parecían un caso colectivo de posesión diabólica. Tenían reflejos rojos en sus caras negrecidas y una sonrisa feroz, casi con espuma de saliva. Oían a sangre, a sudor, a alpargatas.

El instinto del mal les daba agudeza. Y obreros ignorantes que jamás habían pisado el museo, sabían destruir los mejores lienzos, rasgar los «Riberas» más difíciles.

No eran ateos, sino herejes. No ignoraban a Dios, sino lo odiaban. Le decían al cura, tembloroso, junto al zanjón de la Casa de Vacas en la «cheka» de la Casa de Campo:

—Blasfema y te perdonamos la vida.

Entre tantos curas heroicos, aquél era una excepción. Tenía miedo. Dijo una irreverencia. Entonces le pegaron un tiro. Y comentaba el jefe, con una preocupación teológica:

—Así es seguro que se va al infierno.

Por eso fusilaban en el Cerro de los Angeles al Sagrado Corazón y serraban las cabezas de los ángeles de los retablos. Eran creyentes vueltos del revés.

Habían incendiado ya San Andrés, San Nicolás y la catedral. Y había ardiendo el cuerpo sembrador de San Isidro y ya no sería posible sacarlo, por los siglos de los siglos, para impetrar el beneficio de la lluvia sobre los campos de Madrid.

Tiraban todo un pasado. Las leyendas, los recuerdos, la nostalgia. Habían quebrado miniaturas y relojes con «remon-toire», litografías y vitrinas y cartas familiares de Isabel II, de Frim, de O'Donnell, contratos antiquísimos, reliquias, arcaicos de óperas antiguas, fotografías de los abuelos y archivos. Y la ciudad se quedaba sin historia, como una ciudad nueva de Australia o Norteamérica, sin engarce con el pasado, sin muebles de estilo, sin espadas, sin sillones fraileros.

No se trataba únicamente de una lucha de ideas. Eran el crimen, el odio y el instinto sexual, andando por la calle.

Subía José Félix por Alcalá.

Frente a San José se aglomeraba el público apretujándose contra las verjas. Se aproximó. Habían sacado al Niño de la Bola. Le habían cortado la estera del mundo y atándole una pistola a la mano, vistiéndole de miliciano, con el gorrijo cuartelero. Contrastaba con el traje bélico su cara sonrosada y el pelo rubio rizado. Sobre el cándido pecho de madera habían escrito «U. H. P.». Le colgaba un cartel:

«Yo ya no soy fascista,

Ahora me he hecho comunista.»

La gente se reía.

—Anda; lo que hay que ver son las monjas del Carmen.

Se fué a la plaza de Oriente para que le dieran noticias de Pedro. Encontró en la salita soleada a Soledad, a don Cayetano y al doctor Campos. En pocas palabras le explicó ron todo lo ocurrido.

—Ha tenido suerte.

Pero Campos estaba muy inquieto; la familia de Segundo Sánchez no se apartaba del lecho de Pedro Otaño.

—Chico, nos ha salido de un carño que asusta.

Querían presenciar las curas, verie las heridas. La gente del hospital comenzaba a murmurar y los mozos sospechaban.

—Esta noche vamos a sacarlo de allí. Hasta que me descubran, puedo disponer de coche. Lo llevaremos al sanatorio de Santa Alicia. La herida del pulmón, con estas cosas, me ¡jora muy lentamente.

Se despidió de la familia. Iba a visitar a Pilar.

En la calle, José Félix se encontraba más seguro. Se había quitado la corbata e iba despechugado. Cuando cruzaba con algún entierro de los muertos de la Sierra, levantaba el puño. Era imposible hacer otra cosa. Llegó a la plaza de la Independencia. Encontró a Pilar muy animosa. Ya habían sufrido un registro y se dedicaba toda la familia a quemar las cosas que pudieran comprometerla. Porque la burguesía de Madrid, acorralada, se pasaba el día junto al fogón de la cocina o la caldera de la calefacción, quemando recuerdos, retratos y recibos de Renovación o Acción Popular. También escondían las escopetas de caza y las cajas de cartuchos.

Pilar le recibió sonriente, con una libertad y una franqueza que no tenía antes.

—Cuánto te agradezco, José, esta visita. Ya he sabido por tus tíos el susto que te dieron las milicias.

El preguntó, por compromiso:

—¿Y Miguel?

—Anda huído. Sabemos que han llegado milicianos de Bajoz dispuestos a matarle. Los capitanea «el Mingarra». Miguel se ha escondido en una pensión de la calle de Recoletos. Estaban solos, frente a frente. Se miraban.

—Entre este odio, ¿no te parece un sueño lo pasado?

—¿Qué será de nuestra Venecia? De la casa de la guardesa junto a la vía, desde donde veíamos los trenes.

Ella no disimulaba su amor:

—¿Has pensado en mí cuando ibas a morir?

—Únicamente en ti. Me consolaba pensar que no me olvidarías. Que me ibas a idealizar para siempre.

Se despidió de ella. Saló a la calle. Allí estaba de nuevo la revolución, la verdad. Le parecían débiles, quebradizos, todos sus años anteriores, llenos de literatura. La revolución le enseñaba las cosas fuertes. Había que amar ciegamente y matar y morir. Le volvía a la realidad. Entonces se confesó a sí mismo una secreta esperanza. Confiaba en la muerte de Miguel. La deseaba. Ella quedaría libre. Se quedó espantado de sus propios pensamientos. Quiso dominar aquel movimiento subconsciente. Someter el instinto. Y, ¿para qué? Aquél era el día de las cosas crudas. Ya no había caballeros y señoras en medio de la calle, sino hembras y varones. Ya no se asesinaba con una sonrisa o con una frase. Se mataba de veras. El también deseaba la muerte del otro. No es verdad que el hombre es bueno. El no estaba tan lejos de aquellos milicianos que unas horas antes le horrorizaban. Ellos realizaban los deseos ocultos. A él sólo le faltaba la materialidad de la herida.

Atardecía y se fué a pasar la noche a la casa de unos primos suyos, cerca del Ministerio de la Guerra. El hijo mayor era un gran radioyente que apuntaba en un papel las noticias de la radio de Burgos. Cenó una paella con la familia. Porque ya el arroz valenciano empezaba a inundar Madrid.

Don Ramón, el dueño de la casa, había sido amigo de Marcelino Domingo y había puesto una carta suya en la puerta de entrada, clavada con unas chinchas, a manera de salvoconducto. El hijo segundo, César, antiguo falangista, estaba huído.

—¿Por dónde andará mi hijo? Ya no tengo esperanza de volverlo a ver.

La casa estaba preparada para los registros. Don Ramón había comprado en los carricoches de libros ambulantes todas las obras de Marx, Lenin y la «Vida de Trotsky». También había colgado en el vestíbulo un gran retrato de Azaña y otro de Largo Caballero. Se disculpaba sonriendo:

—Hijo, hay que defenderse como sea.

Pasó dos días; al tercero, de madrugada, oyeron pasos en la escalera.

—¡Las milicias, las milicias!

Doña Amparo, la señora de la casa, abría pálida la mirilla.

—¿Qué desean?

—Abran o echamos la puerta a tiros.

Entraron como una tromba. Rebuscaban en los más escondidos cajones. Dieron las tres en el reloj del comedor. Había entre ellos dos guardias de Asalto con mono y alparagatas. No encontraron nada.

—¿Y estas escopetas?

Señalaban dos fusiles de chispa.

—Son de adorno.

—Pues tengo que dar parte. Ustedes tres, detenidos.

Se llevaron a don Ramón, con su hijo y a José Félix. Los montaron en un coche oscuro.

—Vete despacio.

Amanecía. En la calle de Alcalá los milicianos, cada diez metros, acechaban. Algunos apoyaban las rodillas en las sillas sacadas del Círculo de Bellas Artes.

—¡Alto! ¡Alto!

Daban los del coche la contraseña:

—Teruel y libertad.

La Dirección de Seguridad era un laberinto de pasillos con bombillas tristes, polvo de limpieza y la luz sucia del amanecer. Entraban y salían los milicianos con detenidos pálidos.

—¿Dónde está Lino?

Los metieron en una sala estrecha, donde había más de cien personas. No podían sentarse. Bramaban en torno los autos que iban a la Sierra.

En la sala, con sillones dorados y el busto en bronce de la República, Lino, el comisario, daba órdenes:

—Que lleven algunos a la Modelo.

—Pasaron así tres días. Les avisaban los guardias:

—Tengan cuidado, porque los milicianos han mezclado entre ustedes a algunos pistoleros que van a fingir una sublevación para matarlos a todos.

Se escondió en el desván, entre los polvorientos baúles de las criadas, la ropa tendida y las telarañas. Había al lado suyo una sucia ratonera de alambre, una caja con sombreros viejos de su madre y una careta de «pierrot» de un antiguo carnaval. Se agachaba bajo las vigas.

En el principal, don Carlos recibía a los milicianos con dignidad. Toda la rancia aristocracia española, como la frivola de Puerta de Hierro, había recobrado ante la muerte sus lejanas virtudes ascentrales. Parecía que descendía a ellos la sangre azul de los viejos cuadros, de los caballeros de gola de encaje, de los oidores y virreyes, dormidos entre marcos dorados en las olvidadas galerías.

—¿Dónde está tu hijo?

—No sé. Hace días que no viene por casa.

—¡Mientes! Vamos a registrar todo el piso.

Temblosa, haciendo esfuerzos para sonreír, doña Rosa, estrujando su dignidad, procuraba aplacarlos:

—¿Quiéren tomar algo; una copita?

Y Teresa coqueteaba, venciendo su repugnancia, para salvar a su hermano:

—Siéntese; estará usted cansado.

Todavía, olvidando el tuteo, empleaban las antiguas fórmulas:

—Figúrese, señorita.

Alborotaba el responsable mirando el pasaporte del conde:

—Para toda Europa, excepto Rusia. Esto es factioso.

—Antes los daban así. La República no había reconocido a los soviets.

Le miraba estúpido, guiñando un ojo, con tosca malicia campesina.

—Buenos están «tos» ustedes. No debíamos dejar ni uno. Aquella marea de brutalidad seguía subiendo. Registraron los pisos últimos y llegaron a la buhardilla. Adolfo Azlor se sentía perdido. Sólo poseía el carnet de oficial de complemento, que en aquellos momentos era una sentencia de muerte. Le oyó entrar aterrado. Y se quedó acurrucado; no respiraba. Retuvo la tos y un estornudo que le hormigueaba en la nariz. Vió cómo movían los polvorientos muebles carcomidos, el lavabo de madera y las sillas rotas. Uno hurgaba cerca de él. Notaba su mano enorme —y era la mano de la muerte—, que levantaba paños y telas y se aproximaba. Al fin le tocó. Notó sus dedos en su pelo. Estaba perdido. La mano rodeó toda su cabeza. Le tiró ligeramente de los cabellos. Y, asombrado, oyó que aquel hombre decía:

**T**ENIAN cerrado los balcones de la casa. Y se reunían en las habitaciones interiores, tristes, con la luz de yesos de patio.

Paseaba don Carlos por su vieja sala isabelina. Doña Rosa y Teresa trabajaban, ayudadas por una antigua criada.

—¡Qué horror, Dios mío!

Cortaban con unas tijeras, en menudos trocitos, el uniforme de mayordomo de don Carlos. Recortaban los bordados de oro, con flecos de tela azul. Deshilachaban las ramas de roble del cuello y de las rojas bocamangas. Y tiraban aquellos trozos a la estufa, que daba un olor a trapo quemado.

El peligro afinaba los nervios. Los hacía quebradizos. Dolían los ruidos más sencillos. Eran descargas, derrames nerviosos, el timbre en la escalera, el frenazo de un coche.

—¡Ya están ahí, ya vienen!

Y la preocupación era esconder a los hombres.

—Tú, Adolfo, súbete al cuarto de los tíos.

—Mejor a la buhardilla.

Porque aquel día habían cercado la casona de Puerta Cerrada. Eran milicianos de la F. A. I. Daban órdenes, abajo, que helaban de terror a doña Rosa. Tiroteaban desde la cruz de piedra.

—Alto el fuego, camaradas.

—Vosotros, a vigilar la plazuela.

Golpearon la puerta.

—¡Pronto, abrid!

Teresa pretendía meter el lío de los jirones del uniforme por la boca estrecha de la estufa. Pensó que iba a ser peor porque saldría el humo y notarían el olor. Lo escondió detrás del balcón.

—Señor mío Jesucristo...

Rezaba la madre. Abrieron la puerta. Las mujeres cayeron de rodillas, sujetándose. Adolfo se había escapado a la azotea.

—Ha estado valiente el curita.

—Como un jabato.

—Mira, en cambio, ése...

Y señalaba a un hombre joven que se agarraba, suplicante, a las piernas de los milicianos. Voceaban:

—¡A diez céntimos la copa de anís!

Se fusilaba ya menos en la «cheka» de la Casa de Campo, abarrotada de cadáveres. Allí juzgaba un tribunal compuesto por cuatro mujeres y un hombre maduro.

Habían abierto enormes zanjas cerca del campo de polo. Y en el barro del estanque, que se iba secando, yacían abotargados más de tres mil cuerpos de infelices ciudadanos.

A los falangistas los metían en pozos, los enterraban hasta la cintura, les rociaban el tronco con gasolina, quemándolos vivos. Se les oía aullar a través del humo.

Se fusilaba en todo Madrid: en el barrio de la China, en la colonia del Viso, en las afueras con desmonte y campo, y en las cocheras taciturnas de los tranvías. Morían más de trescientos diarios. Algunos aparecían mutilados, con los órganos vitales en la boca y hojitas de perejil, imitando en burla a los cochinitillos de Botín. Les ponían sobre el pecho el carnet o el salvoconducto para que supieran su nombre y, encima, «U. H. P.» o un cartelito donde ponía «Quinta Columna».

El crimen estaba perfectamente organizado. Por primera vez en la Historia, todo el mecanismo burocrático de un Estado era cómplice de los asesinatos. En la Dirección de Seguridad se llevaban cuidadosamente los ficheros y los álbumes con fotografías de los cadáveres. Les hacían dos fotografías: una de frente y otra de perfil. A pesar de todo era muy difícil reconocerlos, porque tenían machacadas las facciones, inflada la nariz o rota la mandíbula.

José Félix, venciendo el temor, había ido a la Dirección para identificar el cadáver de Jacinto Calonge. Le había telefonado su madre:

—Entérese usted, José Félix. Hace seis días que no sé nada de él ni de mis otros hijos. Búsquelo por las «chekas» y por las cárceles.

Un funcionario le ofreció aquellos álbumes siniestros. Eran rostros desorbitados, con terror fijo en las pupilas opacas, erizados los pelos del bigote, las cabelleras encrespadas. Algunos eran verdaderos monstruos, inflamados los labios por los culatazos, los ojos saltados por la explosión y la boca torcida.

Aquella oficina funcionaba perfectamente. A las seis de la

CUANDO aquel muchacho voceaba: «¡Agua fresca y aguardiente!», era seguro que había fusilamientos de madrugada en la pradera de San Isidro.

Había, sobre la hierba, unos puestecillos con toldos blancos donde se vendían azucarillos y copas de anís.

Y acudían las mujeres de aquellas barriadas con sus crios, como si fueran a una novillada, las lavanderas del Manzanares y los chuillos que viven al otro lado del puente, en el camino de las Sacramentales. Perspectiva lúgubre, de cipreses oscuros, puntiagudos, sobre los cielos descompuestos del amanecer. Llegaban los pelotones de la ejecución con los reos. Militares retirados, sacerdotes, muchachos acusados de falangistas. El público aplaudía o silbaba, según como morían.

Se retorcia, llorando, un muchachito enloquecido por el miedo.

—¡Fuera, cobarde!

Le abucheaban como si fuera un toro manso.

Figuraba en aquella tanda el padre Anselmo, el archivero de los condes de Sajera. Le habían prendido al día siguiente de la muerte de don Carlos, por una carta firmada por Calvo Sotelo, que encontraron en su despacho. Parecía que el capellán había querido seguir a su viejo señor más allá de la muerte. Bramaban las mujeres.

—Dadle a ese cura. Hay que acabar con ellos.

Había pedido permiso para vestir la negra sotana y calzar sus zapatos con hebillas plateadas, de clérigo elegante. Estaba sereno. Miraba al cielo fresco, que ya se abría con charcos de luz rosa. Y los primeros pájaros. Detrás imaginaba simfonías y arpas. Le apuntaron. Extendió el crucifijo hacia sus verdugos.

—A éste no le matáis.

Cayó en medio de una ovación:

mañana los automóviles de limpieza recogían los muertos. Los clasificaban, los amontonaban en los depósitos. Colocaban junto a la fotografía un trocito del traje que llevaba y las iniciales de la camisa. Y lo reseñaban al dorso: «Ojos claros, nariz aguilena, boca grande.» Para guardar las apariencias legales de una democracia, los médicos extendían la papeleta de defunción. Diagnosticaban siempre: «Muerto por hemorragia.» Y era verdad.

Los funcionarios, cortesés, del Frente Popular daban toda clase de facilidades. Sonaban los timbres y teléfonos.

Se acercaba una señora joven, guapa, contentándose las lágrimas. Miraba el álbum:

—Este es.

Y un funcionario consultaba el fichero.

—Ah, sí. El capitán de Infantería Arturo Hernández. Ha aparecido en un solar al final de Lista. Le encontrará usted en el depósito.

La gente permanecía aterrorizada, reclusa en las habitaciones interiores de los pisos, escuchando las radios facciosas.

Como los primitivos cristianos en las catacumbas, reuníanse los fieles de la otra España en torno de los aparatos encendidos, escondidos en los rincones junto a los pequeños balcones de los patios interiores.

Uno, de rodillas, buscaba la onda con un fervor religioso. Sonaban lejanas las marchas españolas, alegres clarines de la Infantería, voces de esperanza.

—Es Radio Tenerife.

Escuchaban. Pero el odio de la guerra, que ya estaba en el campo, en el mar y en el aire, llegaba hasta el cielo eléctrico y misterioso de las ondas. Había interferencias, silbidos. Se machacaban unas estaciones a otras. Unión Radio apagaba a Burgos. Entre las proclamas imperceptibles y las arengas que llenaban de esperanza a los perseguidos, las radios madrileñas incrustaban un pasodoble. Únicamente de noche se percibía, limpia, Radio Sevilla y la voz optimista y fuerte de Queipo de Llano, carraspeando ante el micrófono y saludando sonoro: «Buenas noches, señores».

¡Cómo les animaba aquella broma en medio del horror que les rodeaba! Escuchaban, sonriendo, «la canalla marxista, los hijos de la Pasionaria, Largo Caballero, Martínez-Birria, Ossorio y Bigardo».

Contra aquella voz, que se burlaba, era inútil toda la vigilancia de las milicias. A través de los retenes, en medio de

los registros, en los propios cuarteles rojos, sonaba, segura de la victoria.

Les interesaba a los propios milicianos. La utilizaban como testimonio inapelable.

—Amos, anda, pero si lo ha dicho Queipo.

Con qué amor cuidaban los refugiados aquellas ondas difíciles; las amplificaban con miedo, dándoles, temerosos, unas inyecciones de vigor con el regulador.

—Cuidado; no tan de prisa.

Sus oídos se habían ido acostumbrando a filtrar los sonidos, a seguir el hilo de una proclama entre los silbidos y las interferencias enemigas.

Y José Félix, de noche, escondido en una casa, ante su radio encendida imaginaba, al otro lado de los montes, la verdadera España. Imaginaba a Franco, joven, con la espada desnuda en la belleza severa de Burgos, edificando una Patria nueva, en un Cuartel General sin palacios ni aduladores, rodeado de alegres requetés navarros, de falangistas vestidos de azul que defendían una patria alegre entre el ruido de talleres, con un Estado Mayor de jóvenes capitanes con la Laureada.

De noche escuchaba Radio-Club Portugués. ¡Cómo les animaban aquellas ondas, nacidas junto al mar azul de Estoril, donde está la ceniza de Sanjurjo!

Salian de oír la radio como iniciados que acaban de comunicarse con otro mundo. Y esperaban la llegada del ejército.

En los Ministerios, los funcionarios que no eran afectos al Frente Popular comunicaban en voz baja las noticias.

—Mi mujer cogió anoche Radio Tetuán.

—Dicen que Córdoba ya no corre peligro.

Julia Lozano escuchaba a Burgos aprovechando las ausencias de Angel Moreno. Simpatizaba con los nacionales.

Angel estaba triste, pensativo.

—¿Qué te pasa? Eres otro hombre.

El la acariciaba la cara, le pasaba la mano abierta por la cara, con mimo.

—Julia, te he querido más que a nadie. ¿Sabes que me voy a la Sierra?

—¿Por qué? ¿Me vas a dejar sola?

—Es preciso. Quiero luchar.

Hizo una pausa larga.

—Si tú supieras.

Le miraba ella fijamente.

—Tú tienes algo secreto, Angel. Dime, ¿qué te pasa?

Bajo la lámpara triste del comedor estaban pálidos.

—Escuchame, Julia. Dime, ¿me seguirás queriendo siempre, aunque te dijera algo triste?

—¿Qué has hecho?

Se miraba las manos.

—¿Te acuerdas que hace tiempo llegué de madrugada con unas manchas rojizas en el traje? ¿Te acuerdas? Pues escucha: venía de matar a Calvo Sotelo.

Ella dió un grito.

—¿Tú?

Aquel crimen le obsesionaba; veía la escena con todos sus detalles. La camioneta de Asalto, parada junto a las acacias. Y cuando subían la escalera de la casa. Y el despacho que daba sobre unos tenis, con su bandera española, retratos de la Dictadura y de las bodas de los infantes en Roma y uno grande, con marco dorado, de un Consejo de Ministros en el Sardinero de Santander, presidido por el Rey. Y veía la lámpara sobre la mesa, y unas paletas de plata, recuerdos de primeras piedras oficiales. Nunca olvidaría el rostro de Calvo Sotelo. Don José estaba adormilado, en pijama, hablando con el capitán Condés excitado. Este tiró al suelo la banderita de seda y le gritaba:

—Usted se viene ahora mismo con nosotros.

Le apuntaba con la pistola. El le vió vestirse en su alcoba y ponerse el traje gris que él sabía que sería su mortaja, y calzarse los zapatos, que no iban a andar ya nunca sobre la tierra.

¡Cómo lo presentía todo su mujer y cómo le retenía!

—No te puedes figurar, Julia. Era una madrugada de luces, pasos y carreras. Le cortamos el teléfono y se tuvo que asomar al balcón para cerciorarse de que éramos agentes del gobierno, preguntándose a la pareja de vigilancia. Bajó sereno; en la escalera le dijo algo en francés a la «mademoiselle» de sus hijos. Oí los nombres de Goicoechea y de Sainz Rodríguez. Lo metimos en el auto de Asalto. Yo iba detrás de él. Aún veo sus anchas espaldas y su joven cabeza. Preguntó Calvo:

—¿Adónde vamos?

—A la Dirección.

—Pero torcimos hacia aquí, hacia Manuel Becerra. Se veían ya la nueva plaza de toros y las tapias de la necrópolis. Calvo se dió cuenta de que él era el primer «paseo». Vigoroso, hercúleo, forcejeó. Y el capitán Condés le disparó en

la nuca. Le salió la bala debajo del ojo. Allí le dejamos, Julia; en el cementerio. Tirado sobre una mesa de cinco.

Le miró Julia con horror.

—¿Qué piensas hacer?

—Me voy a la Sierra, a que me maten. No puedo con los remordimientos.

Se fué a la mañana siguiente en un camión de la F. A. I. Iban cantando la «Internacional» en el fresco del alba.

Pinos resinosos y fresco serrano, cuando pasaron el Club Alpino. Desde allí disparaban las baterías. Y oían a muerto los barrancos de césped de las antiguas meriendas dominigueras.

La Sierra republicana (aire y sol de Giner y de la Institución Libre y de los campamentos socialistas) pagaba su culpa. En el Alfo del León disparaban los rebeldes.

—Hay allí mucho «tomate». Zumban que es un primor. Según los propios milicianos, los cadetes de artillería de Segovia no fallaban ni un tiro.

—Además nos traicionan nuestros jefes.

—Ayer Puigendola nos mandó ponernos en el repecho y nos dieron un «chupinazo». Luego nos ordenó avanzar y nos aniquilaron las ametralladoras. Es un traidor. Ya se lo hemos dicho al capitán Galán.

—¿Y qué habéis hecho?

—Ah, pues ahí le hemos dejado, colgado de un pino.

Latas de sardinas y papeles con grasa manchaban las praderas. En un «chalet» de Villalba, cercano al de Benlliure, se reunían los oficiales. Tenían emplazado un catalejo «Zeiss». Todos sabían que en las crestas Mola tenía poca gente, pero no podían pasar.

—Mañana —decían los milicianos— tendremos aviones para bombardearles.

Porque habían arreglado los aviones comerciales de la «Lape» quitándoles las puertas y poniéndoles una rampa de madera engrasada, por donde deslizaban las bombas.

En el ejército de la Sierra reinaba una desorganización absoluta. Se llevaban chicas de Madrid, las daban de beber, y las hacían tirar un ratito con la ametralladora. Luego se perdían con ellas entre los pinos. La Prensa madrileña pintaba a aquellas mujeres como el prototipo de la mujer española. A veces, con muchas bajas, tomaban una loma, que abandonaban a la media hora para merendar a la sombra o a las orillas de un riachuelo.

Los «rebeldes» les engañaban; fingían que abandonaban



un camión en un recodo y cuando los milicianos se precipitaban sobre él los ametrallaban.

Los domingos se iban los ministros y los subsecretarios a visitar el frente de la Sierra. Algunos vestían el mono azul y ceñían unas pistolas. Les decían frases retóricas, antes de volver a Madrid.

—Eravo, muchachos. Hay que seguir aquí firmes, contra el fascismo, luchando por la República y por la libertad.

Pero los milicianos no estaban para literatura.

—Sí; nosotros aquí y vosotros en Madrid.

—¡Al frente, al frente!

Y rodeaban los lujosos autos oficiales.

—Soy el secretario de las Cortes.

—Aquí no hay secretarios ni nada.

Intervenían los policías, convencidos, y el coche oficial salía. Ya tranquilizado y a la altura del Bar Anita comentaba el ministro.

—Esto se está poniendo muy mal. Hay que buscar el modo de salir de Madrid.

Le replicaba el subsecretario.

—A mí me gustaría ir de ministro a Praga.

La guerra de la Sierra, que había comenzado como una gira campestre, empezaba a preocupar a los milicianos. Los hospitales de Madrid ya estaban llenos de heridos. El palacio de March y el hotel Palace eran hospitales de sangre, y en el balcón del casino de Madrid ondeaba la bandera blanca con la Cruz Roja; habían pegado en las fachadas papeles donde se leía: «Silencio, silencio». Aquello entristecía a la calle de Alcalá.

En la Sierra había muchos movilizados a la fuerza; algunos intentaban pasarse por la oscuridad de las pinadas cuando anochece.

Entre los de la C. N. T. figuraba el señor Vélez y Aparicio (don Juan Antonio), el viejo compañero de José Félix, eternamente suspendido en Derecho Canónico. Procuraba no disparar ni un tiro. Divertía a los milicianos con jotas y chascarrillos.

Cayó muerto a fines de agosto, frente al grupo de los hermanos Miralles, de los Gamazo, de Iván Quirós y de Santa Amalia, que defendían las llanadas de Burgos.

Era una mañana radiante. Estaba acostado sobre la pradera, a la sombra de un pino; tenía el semblante sereno,

parecía que estaba durmiendo la siesta después de una merienda. Tenía un pequeño agujero en la sien derecha.

Andrés Gamboa, en una descubierta, lo recogió. Tomó su fusil. Y le miró con cariño. Gritó, en el aire frío de la Sierra:

—A éste hay que ponerle una cruz encima. Era de los nuestros.

Y exhibía su fusil sin disparar, con el cañón engrasado.

## Madrid

José Félix, helped by the old maid and the porter's wife, was burning Falange newspapers and some portraits of the king in the bathroom heater.

"Your daughter had this here."

"We'll just have to burn it."

It was a photo of Calvo Sotelo dedicated a few days before his death. A small Spanish flag also burned among the kindling. The previous night they had buried an old revolver in the cellar.

He took his leave of the porter and his wife.

"Well, I'm going away from here. If anyone asks for me, I've gone to Valencia."

He went out into the street. He found Madrid desolate, different; although with the same buildings and the same people, it was now a different city. In this way he realized the great force of ideas. In spite of its geography, none of it was Spain any longer. On the Gran Via and Alcalá Streets the great horde was encamped! It was a touch of Cuatro Caminos and Vallecas between the sumptuous hotels of the Castellana Parade, beneath the skyscrapers of Penalver Avenue. The sniping had ceased, but the cars occupied by militia men passed incessantly through the streets. Trucks adorned with red flags were departing for the mountain front to the cry of "FAI, FAI," "CNT." Men and bossy women in corduroy trousers, mixed with wide-hipped militia women, all in shirt-sleeves and belts, were shaking menacing clenched fists and waving their guns.

Remnants of the old world still remained: the shops and their display windows, and the open café-bars. The militia men, with their submachine guns on their hip, were going into the Granja del Henar and ordering beer and cocktails.

They were leading an amusing life. In the mornings they would take an aperitif in "Chicote." In this way they showed they didn't hate the rich kids, but rather wanted to be rich kids themselves; they weren't really Marxists, only envious.

They would march up to the mountain front, as if it were an outing, with militia women of easy virtue. Many of them didn't get past Villalba. Having fired a few shots at the "rebels," they would return to Madrid for afternoon tea at the "Aquarium."

The evenings were more amusing. At sunset the searches began. They loved going into the luxury apartments to humiliate the bourgeoisie, to make them serve them liqueurs and cigars, and

riate. I didn't want to get involved in all that. Some tenured professors who opposed the regime lost their jobs; others opposed to science remained. In spite of a freeze on hiring administrative staff, they increased to a hundred and thirty employees, many more than the professors. Well, anyhow, I got away from all that. Now they are reviving the purge. The first round didn't go far enough, and they want me to take part in it. Accusations: "Don So-and-So said this or that; Beadle So-and-So kept some of his tips; he has a photograph of So-and-So in his house..."

Much of the population had disappeared, all of the money. They divided provisions with traditional inequality, but now different persons got the larger shares. Great confusion, much good will, overwhelming fear. Where before one person performed a service mediocreatly or badly, now seven, twelve, or twenty were determined to do it very well by talk. Those who still had no reason to feel frightened seemed insolent, overbearing, proud, like kids with new shoes. As if by magic they had their hands on the apex of the world, and they felt inclined to change its course.

The population flaunted the new style of sloppiness, filth, and rags. They seemed to belong to a swarthier race because young warriors let their beards grow, and these, almost all black, darkened faces. Long hair, woolly chests, rifles slung across shoulders, romantic lunacies after the style of a century ago, barricades. Many people went along with the crowd from fear of appearing well-to-do, especially if they were or had been. No hats, berets at most. Shirts without collars; to wear a necktie would have been an act of defiance. It seemed a deed of valour for me to keep my usual style of dress. "They had adopted the new fashion with greater enthusiasm here than in Barcelona," I thought, remembering how the Ramblas<sup>13</sup> looked after the capital adopted the beret and its people began to look as if all their clothes came from the same warehouse. Soldiers of the old army kept some modified vestige of regulation dress. The officers gave up their uniforms altogether and sported a new elegance, with luxuries like leather zippered jackets, little chains, and fancy ornaments. . .

— Manuel Azaña, *Vigil in Benicarló*, 1939

[Translated by Josephine and Paul Stewart.]

13. The *Ramblas* is a tree-lined avenue in the center of Barcelona with a central walking area surrounded with all sorts of kiosks and vendors.

make the lady of the house, who drove about in a car while they went on foot, cry for them. Moreover, they always took some souvenir, a gold cigarette-case or lighter. The systematic sacking hadn't yet begun.

That, however, wasn't enough for them. They wanted blood.

Fortunately, during those searches, they nearly always found some pale young fellow of eighteen or twenty years of age, a son of the family, whose identity card said "student."

Straight away they would claim that he was a fascist and that he had fired shots from the balcony.

They felt a sadistic pleasure listening to the cries of the mother and sisters. They would push him roughly out of the house. Sometimes the father insisted on accompanying his son.

"You come then, too."

And they looked at each other with a mocking smile.

They would shoot them at daybreak on the outskirts, in the Casa de Campo, in the Maudes Heights, or by the Tetuán bull ring. They would joke about the slaying.

"Let's see your profile. I'm going to do a portrait of you."

"Come on, let's get you a little high."

They didn't believe they should treat them as men, with blood and tears and a nervous system. They played with them as if they were dolls; they laughed at their families. A wife would be crying, and one of the more humane militiamen would intervene. The one in charge would cut in curtly:

"Let her cry. She'll sweat less that way."

Or he would say to the children:

"What shall we do with daddy? Shall we take him for a walk?"

They would tear religious pictures with their bayonets, and throw ivory and nacre crucifixes to the ground.

"Please, no! My son had it between his fingers after his death."

They would dogmatize:

"God doesn't exist. That's all finished."

Modesty, beauty, nor courage disarmed them. They were primitive or hellish forces, prehistoric dreams that had come alive again, and their hate was chemically pure.

It was the great day of revenge, of the weak on the strong, the sick on the healthy, the brutes on the intelligent. Because they hated all superiority. In the chekas<sup>14</sup> it was the triumph of the hunch-backs, the cross-eyed, the ricket-ridden, and the thin-

14. Chekas were Russian interrogation centers.

breasted, loveless whores, who had never known the beauty of a young body in their arms.

"We're going to give these girls what for."

They wanted to see those beautiful bodies humiliated in death, those lovely rosy breasts naked at their feet. These men were driven on by something satanic. It was as if they were all possessed by the devil. The red reflections in their blackened faces and their ferocious smiles were virtually speckled with saliva. They smelt of blood, sweat, and canvas sandals.

An instinct for evil sharpened their senses. So ignorant workers who had never set foot in the Prado knew how to destroy the best canvases, to tear up the most complex "Riberas." [...]

They were throwing out the entire past — the legends, the memories, the nostalgia. They had smashed miniatures and wind-up clocks, lithographs and display cabinets, and private letters from Isabella the Second, Prim, and O'Donnell,<sup>15</sup> ancient contracts, relics, fans from old operas, photographs of grandparents, and archives. The city was left with no history, like a new city in Australia or North America, with no link with the past, without furniture of style or swords or monks' choir stalls.

It was not simply a struggle of ideas. It was crime, hate, and sexual instinct roaming the streets.

— Agustín de Foxá, *Madrid, de corte a checa*, 1938

[Excerpt translated by Alun Kenwood.]

### Political Powerlessness

Where do you see national solidarity? I don't see it anywhere. The roof of the house began to burn, and its tenants, instead of hurrying to help put out the fire, have turned to plundering each other, carrying away what they can. This general dissociation has become one of the war's most miserable aspects, this assault on the State and dispute about spoils. Class against class, party against party,

15. Isabella (1830–1904) was Queen of Spain from 1834 to 1868. Her succession to the throne over the rights of her brother, Don Carlos, led to civil conflict throughout the rest of the nineteenth century. She was expelled from Spain in 1868 for her scandalous conduct and shameless administration.

General Juan Prim (1814–1870) was one of Spain's greatest liberal Generals and the architect of Spain's first Republic, which was proclaimed in 1872 and dissolved in 1874.

General Leopoldo O'Donnell (1809–1867) was a moderate Liberal leader and founder of the Liberal Union party. His goal was government by consensus and by avoidance of ideological intransigence.